

sentido de la elocución. Estos errores, debidos seguramente a la copia y muy explicables porque esa copia ha debido ser hecha por personas que ignoran el castellano, deben ser corregidos en una próxima edición.

Chilean Short Stories es un libro útil, que tiene un objeto nobilísimo. Dar a conocer nuestras letras en el extranjero, mostrar que no sólo producimos salitre, vinos y frutas sino también belleza escrita, es una empresa que apenas comienza a desarrollarse. Torres Rioseco, de golpe, con su bello libro, se ha colocado en la delantera de los que, como él, aspiran a limpiar de escorias la noción que el mundo tiene de Chile.—R. SILVA CASTRO.

<https://doi.org/10.29393/At54-9LMMC10009>

La literatura mexicana y la revolución

DIREMOS lo que tantas veces: la revolución mexicana, después de 18 años de iniciada, es una formidable empresa en gestación, un crisol gigantesco, una gran promesa humana. Contradictoria, desconcertante, sí, como todo proceso histórico que no ha logrado aún concretarse, pero que dista mucho, afortunadamente, de ser, como pregonan algunos derrotistas, un hecho histórico consumado, cerrado, que no puede dar más de sí, por haber agotado todas sus posibilidades creadoras.

Cierto es que los avances de la revolución son constantemente entorpecidos por sus enemigos, confundidos en las filas revolucionarias, que intentan perpetuar dentro de estas los usos y vicios de la política criolla, nefasta herencia colonial, defendiendo los intereses de las clases capitalistas y traicionando los ideales sociales de la revolución. Y esta aparente contradicción, hace proclamar a algunos que la revolución de 1910 fracasó convirtiéndose en una revolución burguesa, cuando en realidad lo que ocurre es que las clases privilegiadas, los terratenientes, los servidores del capitalismo extranjero, los nuevos ricos, los políticos porfiristas, ante la realidad de los hechos consumados, intentan mistificar en su beneficio la ideología revolucionaria, buscándole otros derivados y proyecciones.

Es, en efecto, sintomático y revelador el hecho extraordinario de que, pese a la extraordinaria fuerza y poder de los terratenientes, a las grandes inversiones del capital extranjero, a la existencia de una nueva burguesía, todas las fuerzas políticas que actúan en México, dicen militar, sin una sola excepción, en

el campo revolucionario, dando, naturalmente una interpretación propia de la ideología y los principios de la revolución mexicana. Entonces, se dirá ¿dónde están las fuerzas contrarrevolucionarias? Es imposible que no existan, dados la cuantía y el arraigo de los intereses que ataca la revolución; pero lo que ocurre es que estas fuerzas se han filtrado a las filas revolucionarias, a sus partidos y organizaciones, para aprovecharse de ellas, y, conscientes del poder y arraigo de los principios revolucionarios, intentar desviarlos a su comodidad y provecho.

Por esto es fácil explicarse que siendo sociales los orígenes y principios de la revolución mexicana, dada la confusión creada dentro de sus filas, la obra social de sus instituciones, aun marcando siempre una marcha ascendente, es, a veces, parcial, y más que a una visión total obliga a una serie de proyecciones paralelas.

No habrá de extrañarnos, pues, conociendo esta desconcertante confusión—confusión que en la historia, tratándose de hechos de la magnitud y fecunda trascendencia de la revolución mexicana, es constante y fatal—que las manifestaciones de la cultura mexicana sólo de una manera parcial y limitada contengan una ideología social.

El milagro se ha producido, con amplitud y arraigo, en el campo artístico, con las Escuelas de Pintura al Aire Libre, para cuyos pintores—proletarios—la vida proletaria, la vida mexicana, no constituye como para el pintor profesional burgués, una simple fuente de curiosidad estética, sino la transcripción viva y fiel de su propia vida.

¿Y en el campo literario? Puede decirse, sin pecar de exageración o de parcialidad, que han sido nulas las proyecciones de la revolución en él, pero si el hecho es cierto, tiene, indudablemente sus justificaciones y sus razones. Es cierto, por una parte, que la revolución es demasiado reciente y cae demasiado dentro del campo anecdótico, para no producir una literatura que no cometa los excesos de lo episódico. Tal se puede observar en la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo*, maravillosa como documento, pero por excesiva cercanía, falta de amplitud suficiente y de contenido ideológico, para que no dé una impresión pesimista y un panorama sombrío, desolador, de la revolución mexicana, cuya grandiosidad no se trasluce a través de sus páginas.

Por otra parte, es cierto que la revolución, por las causas citadas, no se ha concretado aun lo suficiente, ni ha creado formas sociales y una moral poderosa y definida, para dar contenido y substancia a una literatura social. Además, ¿cómo podría

surgir en México una literatura social? Si ha surgido, con las Escuelas de Pintura al Aire Libre, un arte proletario, es porque se han dado al proletariado medios y posibilidades creadoras, al propio tiempo que total libertad, en cuanto a las formas y fuentes de expresión. Puestos ante la vida, los pintores de las escuelas han producido de acuerdo con su manera de ver, sentir e interpretar la vida. Diego Rivera, con sus frescos teatrales, en tono de arenga, tomando como temas y asuntos escenas de la revolución o de la vida proletaria, está muy lejos de hacer arte social, y no pasa más allá de una argumentación revolucionaria o proletaria anecdótica, literaria, escenográfica. Pero los pintores reclutados por las Escuelas entre las clases proletarias, sí hacen arte social.

Y esto es lo que no ha ocurrido aún en el campo literario, porque el proletariado, las masas populares—que son las que han hecho la revolución—son ajenas a la producción literaria mexicana. Si no varían el fondo y la posibilidad moral del hombre y varían sólo los escenarios, los temas, lo exterior, el cambio se limita a un simple cambio de curiosidad, de interés, sin pasar de las categorías puramente estéticas, sin llegar a lo humano.

Esto es lo que ocurre con Manuel Maples Arce y Germán Litz Arzubide—iniciadores del «estridentismo» y gran poeta el primero—, los cuales, cantando las gestas de la revolución, no logran, sin embargo, crear una literatura social, proletaria, por su fondo, por su sentido humano.

Pocos son, en realidad, los escritores mexicanos que han hecho suya esta forma estética seudosocial. Los más, siguen una línea estética inspirada en el goce hedonista, en una singularidad de las sensaciones, egocéntricamente, buscando dentro de sí mismos el fondo y la intensidad emotivas que, por disparidad ideológica, por sentirse desvinculados de él, no les puede ofrecer el medio de México, sacudido por la marcha turbulenta y agitada de la revolución. Citemos a Bernardo Ortiz de Montellano, el que ha dado las notas más puramente mexicanas en el tono y el acento de sus poesías y prosas poemáticas, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer y José Gorostiza.

Notemos, de paso, una diferencia. Mientras en las artes plásticas se han producido ya categorías artísticas de valor universal—por la eficacia y amplitud de la expresión—en el campo literario todo intento y toda aspiración de universalidad implica una renuncia expresa a las cosas mexicanas. Mientras los pintores han dado categoría universal a lo mexicano, los literatos aspiran a la universalidad, despreciando todo aquello que pueda saber a cosa mexicana, y quintesenciando, hasta

restarles todo interés y color local, y todo fondo de pasión local, sus emociones. Si diversos son los dos caminos, fácil será ver que mientras en el primero de ellos pesa el ascendiente de la revolución, entre los literatos se desconocen aún su trascendencia e influencias. Pero mientras la literatura mexicana es universal a fuerza de impersonal, los pintores lo son a fuerza de mexicanos, ambición y empresa superior y más codiciosa, indudablemente.—MARTÍ CASANOVAS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

El espiritualismo de Maragall

JOAN Maragall nace en Barcelona en un ambiente burgués y materializado. El, que sería el verbo puro de espíritu y de la inspiración selecta y aristocrática, en el sentido genuino del concepto, redime la acusación de prosaísmo lanzada sobre una cultura y un modo de ver la vida. Su voz pura y serena se alzó en un ambiente cálido de luchas de vibraciones apasionadas. Nada más original y bello que su actitud, porque Maragall no fué un político, aunque en sus escritos late y resplandece una vehemente inquietud hacia la cosa pública y por los problemas vivos de la nacionalidad, de la raza y de la lengua. Comprendió Maragall, cuya sensibilidad es toda intuición, que así su eficacia se haría más resonante dentro del claustro de la cultura catalana. Mucho trabajaron Prat de la Riba y Cambó por hacerlo aceptar un banco en el Parlamento; Maragall, inflexible y severo, no asumió la responsabilidad legislativa. Así su labor se depuraba, se hacía sumisa a los ideales eternos de la belleza, del arte y de la verdad, y cobraría una eficacia que, con el tiempo, crecería hondamente y perfilaría todo el valor de un símbolo. Maragall, después de muerto, se engrandeció como hombre, como pensador y como poeta inspirado y ferviente (1).

(1) Don Juan Maragall y Gorina nació en Barcelona en la calle de Jaume Giralt, el 10 de Octubre de 1860. Estudió en la Universidad de esa ciudad la carrera de Derecho Civil y Canónico, licenciándose el 27 de Junio de 1884. Publicó su primer libro, titulado *Poesías*, en 1885. Contrajo matrimonio con Doña Clara Noble el 27 de Diciembre de 1890. Comenzó a colaborar en *El Diario de Barcelona* en 1891. Desde 1903 a 1904 ocupó la presidencia del Ateneo de Barcelona y en Mayo de ese año se le proclamó «Maestro en Gay Saber», muriendo en su torre de San Gervasio el 20 de Diciembre de 1911. El Padre Miguel de Esplugues, amigo íntimo de Maragall reproduce sus notas autobiográficas deliciosas y preñadas de sinceridad en el volumen *Semblances*, cuya edición definitiva se publicó en 1916.